

Malas noticias para Palestina

Carlos LARRÍNAGA

Historiador

Desde hace varias semanas vamos conociendo, a modo de goteo, los nombres de los principales cargos que acompañarán a Donald Trump en la presidencia de los Estados Unidos. Como era de esperar, y dado el personaje, nos estamos encontrando con un plantel de multimillonarios y militares en la reserva que ha suscitado muchas críticas y suspicacias. Sin duda, uno de los nombramientos más controvertidos ha sido el de Rex Tillerson como secretario de Estado, un alto directivo de la petrolera Exxon Mobil y, para más inri, buen amigo de Vladímir Putin. Esto es, no nos engañemos, lo que más ampollas ha generado en el “establishment” político, tanto en los cuadros del Partido Demócrata como del Partido Conservador. Sin embargo, me propongo centrarme ahora más en el futuro embajador norteamericano en Israel, David Friedman, un abogado especializado en bancarrotas y que en su día trabajó para el conglomerado empresarial del magnate del ladrillo. No obstante, lo más preocupante de esta designación es su condición de judío ortodoxo, lo que supone una gran noticia para el ejecutivo de Netanyahu.

Desde luego, su perfil no podía ser más nefasto para las necesidades de la zona. Por dar sólo algunas pinceladas, Friedman fue presidente de los Amigos Americanos del Bet El Institutions, una organización educativa localizada en el asentamiento ilegal de Bet El, en la Cisjordania ocupada, muy cerca de Ramala. Además, ha contribuido con varias organizaciones de caridad israelíes y publica habitualmente artículos de opinión en la prensa de ese país, en el extremista Arutz Sheva y en The Jerusalem Post, más de centro-derecha. Para concluir, posee, asimismo, una vivienda en Jerusalén Oeste, en el elegante barrio de Talbiya, muy cerca de la ciudad vieja. Evidentemente, datos inquietantes para un puesto de tanta relevancia y que, en particular, precisa de moderación y medida. Lo contrario de lo que representa Friedman, quien podría encarnar el fin de la política estadounidense de las últimas décadas de buscar la conciliación entre Israel y Palestina mediante el establecimiento de dos entidades independientes, atendiendo así a los planteamientos de la ONU desde 1947.

En este sentido, hay un aspecto sumamente preocupante: la propuesta de Trump durante la campaña electoral de trasladar la embajada de Tel Aviv a Jerusalén. Algo que supondría un agravio diplomático de primer orden, ya que actualmente ninguna legación diplomática se halla en Jerusalén. Sólo entre 1984 y 2006 Costa Rica y El Salvador lo hicieron, desoyendo así la recomendación de las Naciones Unidas de instalarse en la población costera, preservando la neutralidad de Jerusalén. Por eso, si Trump decidiese mudar la sede diplomática, las consecuencias para el proceso de paz serían funestas. Y aquí las palabras de Friedman, al hablar de esa localidad como “la eterna capital de Israel”, tampoco ayudan. Recuerdan a las afirmaciones de los dirigentes israelíes, por lo que me da la sensación de que este leguleyo neoyorquino es una especie de quintacolumnista israelí, que, por lo que se ve, parece coincidir con los deseos de los mandatarios de este país. No en vano, al ganar Trump las elecciones, el ultra-derechista Naftali Bennett declaró que la era del Estado palestino se había terminado. El actual ministro de Educación y cabecilla de la formación política radical La Casa Judía es uno de los líderes más incendiarios de la política israelí y un verdadero obstáculo para la paz en la región. Pues bien, el propio Friedman defiende ideas muy próximas a este individuo que, en los estándares democráticos europeos, no daría la talla y generaría

todo tipo de recelos. No sólo está a favor de la anexión de Jerusalén Este, sino también de Cisjordania entera. Es decir, de la desaparición del proyecto estatal palestino, contraviniendo así los tratados internacionales actualmente en vigor.

Con semejante perspectiva, no es de extrañar que Jimmy Carter solicitase públicamente a Barack Obama desde las páginas del New York Times (29 de noviembre) el reconocimiento inmediato del Estado Palestino. Según decía, sería el último servicio a la paz en Oriente Próximo antes de abandonar el poder el 20 de enero. Evidentemente, si en ocho años no lo ha hecho y se ha dejado torear por un Netanyahu que se sabía fuerte por sus buenos contactos en las filas republicanas y en los lobbies judíos de EEUU, no se presume que en unos pocos días vaya a tomar semejante medida. De manera que este llamamiento desesperado del ex presidente se asemejaría, en cierto modo, a una premonición de lo que podríamos vivir en el futuro, salvo si alguien lo detiene. Y ese alguien no es otro que el propio Tillerson, quien, a la postre, será el jefe de la diplomacia de Trump. Y aquí esa tan criticada buena relación con el Kremlin podría ser determinante para evitar un empeoramiento irreversible de la situación en Tierra Santa. Descartando a Washington como actor válido para desatascar un problema que colea desde 1948, Moscú se erige una vez más en un posible árbitro que trate de poner orden en la región. Sólo de esta manera sería posible contrapesar la determinación de Friedman en favor de los intereses israelíes.

20 de diciembre de 2016